

CAPITULO IX.

La Derrota de Cobos.

Fué en la tarde del dos de Diciembre de 1854 en que Porfirio Díaz y Esteban Aragón salieron de la ciudad de México con intención de ir á Ejutla, en cuya vecindad esperaban unirse á la partida revolucionaria al mando del guerrillero Herrera, indio analfabeta que tenía á su mando 200 hombres malamente armados. Como era muy conocido, tuvieron poca dificultad en encontrarlo á él y á su partida, con la cual permanecieron varios meses, durante cuyo tiempo se encontraron con su primer experiencia en la vida militar.

Después de la caída del gobierno de Santa Ana, fué nombrado sub-prefecto de Ixtlán, en el Estado de Oaxaca. De este tiempo en adelante, Porfirio Díaz viene á estar íntimamente asociado con los destinos de su Estado natal. Tomó parte prominente en las guerras y luchas de la Reforma. En 1856 era capitán de la Guardia Nacional de Oaxaca, y el siguiente año renunció el puesto de Jefe Político de Ixtlán, para aceptar su comisión como capitán en uno de los batallones de Oaxaca nuevamente organizados, y que estaban destinados al servicio activo. El 13 de Agosto fué gravemente herido en la batalla de Ixcapa, por una bala de rifle que le penetró en el lado izquierdo, donde la tuvo alojada veinte meses. El jefe revolucionario Salado, fué muerto en el encuentro, y sus fuerzas dispersadas.

Muy luego después de la victoria de Ixcapa los conservadores se levantaron contra el gobierno y la guerra civil estalló de nuevo. Porfirio Díaz, aunque todavía sufriendo de los efectos de su herida reciente, se apresuró á ir á la Capital del Estado, la cual se veía amenazada por fuerzas al mando de José María Cobos, que habían sido enviadas á Oaxaca desde Mé-



NATURAL DE IXTLAN

xico, y se puso á las órdenes del comandante en jefe de las fuerzas constitucionales.

Cobos principió el sitio de Oaxaca tomando posesión de una parte de la ciudad y obligando á sus defensores á refugiarse en los conventos de Santo Domingo, El Carmen y Santa Catarina.

La mayor parte del tiempo que duró la defensa de Oaxaca, Díaz se alojó en la casa de don José Antonio Gamboa, quien más tarde llegó á ser Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda. Tenía por costumbre pasar gran parte del día en la azotea del edificio vigilando la línea enemiga, atrincherada como á una cuadra de distancia de donde vivía el osado caudillo. Lo ventajoso del sitio de sus observaciones, aunque erizado de peligros, le proporcionó inmejorables oportunidades para estudiar la posición y fuerza del enemigo, lo cual hizo muy detenida y cuidadosamente. Ocupado un día en esta forma, notó que en una casa ocupada por el enemigo deberían existir evidentemente provisiones, pues parecía ser un centro de distribución para cierta sección de las fuerzas. Como la escasez de víveres empezaba á acentuarse entre los sitiados y aún los oficiales carecían de lo más indispensable para la vida, Porfirio decidió apoderarse de esas provisiones. Pero para lograrlo tenía que hacer una incursión ó salida sobre la posición enemiga, que era más poderoso y estaba mejor alimentado y armado que sus tropas. Pero como cuanto resolvía era llevado á la práctica, dos días después, acompañado sólo por un soldado, á la media noche, penetró al almacén enemigo, halló las provisiones y cargando él y su asistente con cuanto podían llevar de lo más necesario, que allí existía, regresaron cautelosamente á sus propias líneas sin ser descubiertos. Este acto temerario de entrar en la boca del león, con sólo un asistente, muestra el carácter arrojado y lleno de osadía de este hombre. Es esta característica la que le ha sostenido en incontables ocasiones y le ha permitido ejecutar cosas que otros no podrían hacer. Y sin embargo, á pesar de toda esta temeri-



MESTIZA DEL ISTMO.

dad y desusada bravura, siempre ha existido en esos actos la deliberación fría que ha previsto claramente los riesgos y se ha preparado, en cuanto es posible, para las emergencias. Aunque Díaz siempre ha sabido obrar bajo la urgencia del momento, con increíble presteza y precisión, su carácter no es precipitado. Al contrario, siempre ha demostrado poderosa habilidad para plantear su trabajo, de cualquier clase que sea, hasta los menores detalles y seguir sus planes tenaz é incansablemente. Muchos podrán poseer estas mismas cualidades; pero pocos las aunan, en un grado tan eminente, á semejante rapidez y seguridad de acción en los momentos del peligro. Esta sola característica habría bastado para distinguirlo entre sus compatriotas, aún cuando no hubiese estado combinada con la intuición que le permite penetrar la significancia de condiciones, acciones y acontecimientos con una certeza que sólo puede denominarse genio.

El 9 de Enero de 1858, uno ó dos días después del saqueo del almacén del enemigo, estando Porfirio dirigiendo el fuego de la artillería sobre las trincheras de aquél, percibió que una nubecilla de polvo blanco se levantaba de una parte de la barricada, y dedujo desde luego que ese polvo provenía de sacos de harina usados como barricada provisional. La posición contraria estaba cerca y las fuerzas en el interior de la ciudad se hallaban en necesidad desesperante de provisiones. ; Una provisión de harina estaba á la vista! Sería un bien recibido aditamento á las provisiones de la compañía. Llamó la atención de Mejía sobre el tenue polvillo blanco en el aire, le hizo conocer sus sospechas sobre lo que era y se ofreció para hacer un ataque sobre el lugar y traer los costales de harina. Mejía consideró la empresa muy peligrosa; pero había extrema necesidad de obtener provisiones de donde se pudiese y por cualquier medio, y por ello dió su consentimiento con desagrado. Por desgracia sólo hubo unos cuantos hombres que pudieron ser puestos á la disposición del atrevido y joven oficial; y así

Díaz se vió obligado á emprender el ataque contra la barricada del enemigo, con sólo veinticinco hombres, fuerza miserablemente insuficiente para una empresa tan desesperada; pero no vaciló un momento.

Se dispuso que Díaz atacase las trincheras con su pequeña fuerza: y que si lograba capturar la posición, se enviaría un número suficiente de soldados para trasladar la harina, ante la propia faz del enemigo. Era un plan desesperado; pero el hombre audaz adopta medidas extremas y la condición de los sitiados se había empeorado hasta el punto de intentar toda clase de recursos.

A fin de que Díaz tuviese la mayor probabilidad de éxito, se simularía un ataque sobre otra fracción de las tropas enemigas, para atraer así su atención sobre ese punto. Así se hizo con gran aparato y mientras el encuentro ocurría en otra parte de la Ciudad y las fuerzas sitiadoras se precipitaban hacia el sitio de ataque, Díaz y su destacamento de 25 hombres, bien armados, avanzaban cautelosamente y á cubierto lo más posible, rumbo á aquella parte de las barricadas donde habían visto la harina levantarse en el aire. Tan imprevisto ataque fué un éxito, pues el joven oficial tomó la posición bajo un fuego devastador y la sostuvo. Pero la situación era desesperada y requería la prontitud de acción de que él estaba acostumbrado á hacer uso en circunstancias semejantes. Podría ser sólo cuestión de momentos el que se viesan forzados á una retirada, pues las fuerzas enemigas, en número muchas veces mayor, regresaban sobre ellos. ¿Llegarían á tiempo los soldados para poder llevarse la harina que tanta falta hacía? Uno á uno fueron cayendo á su alrededor sus hombres hasta quedar sólo cinco y Mejía no daba señales de enviar la ayuda prometida. Por último, la posición se hizo insostenible y Díaz se vió precisado á evacuar el punto que tan dramáticamente había capturado poco antes, dejando sus muertos en manos del enemigo. Herido, exhausto y agotado por habersele abierto la



MESTIZOS DE OAXACA.

herida que había recibido en un encuentro previo, muy poco tiempo hacía, llegó al fin al abrigo de sus propias líneas, haciendo su retirada bajo una lluvia de balas dirigidas contra él y sus heroicos compañeros. Sin embargo, como por milagro, ninguno fué muerto en esta peligrosa retirada.

Díaz renunció su puesto como Prefecto Político del Distrito de Ixtlán, para ingresar, en 1857, como Capitán de una Compañía en las fuerzas al mando del jefe liberal Teniente Coronel Manuel Velasco, quien estaba al frente de las operaciones, en el Estado de Oaxaca contra el cabecilla revolucionario Coronel José María Salado, el que con una fuerza de cerca de 1,000 hombres se había levantado en armas contra el gobierno y tenía aterrorizado al Distrito de Jamiltepec. Las tropas del gobierno escasamente llegaban á la mitad del número de las de Salado, pero estaban mejor disciplinadas y contaban con comandantes más experimentados; por lo tanto, Velasco determinó hacer frente á las fuerzas de Salado. En Agosto 13 de 1857, los dos ejércitos se encontraron en Ixcapa, cerca de la costa del Pacífico. En esta batalla Díaz fué herido en un costado; pero continuó peleando hasta que se ganó la batalla. Después que hubo pasado la excitación de la pelea, Díaz fué alejado del campo completamente exhausto por la pérdida de sangre. La impetuosidad que lo sostuvo en medio del combate, con la herida en el costado, es característica en él durante toda su vida. Nada le ha impedido marchar recto hacia su objeto y esta determinación le ha dado la victoria cuando parecía imposible.

Entre las limitadas fuerzas del gobierno al mando de Velasco, no había doctor, y la primera atención que el Capitán Díaz recibió fué de manos del Mayor Montiel del mismo regimiento á que pertenecía; consistió simplemente en vendar la herida para impedir mayor pérdida de sangre. Poco después fué llamado un indio, que ejercía la medicina entre las clases inferiores, para atender á la herida; pero en su igno-

rancia causó más daño que bien. En esta condición permaneció la herida hasta una semana más tarde, cuando se encontró un doctor que atendiese al herido. Debido á la inflamación que resultó por la falta de cuidado adecuado, el médico no pudo hacer una operación satisfactoria y el Capitán Díaz se vió forzado á caminar con una bala en su cuerpo. Esto retardó muchísimo su curación; cerca de dos meses después, y cuando aún sufría á causa de la herida, llegó á la Ciudad de Oaxaca á ponerse en manos de los doctores Carlos Ortega Reyes y Pedro Ramírez y Gamboa. Estos, después de varias operaciones, no pudieron localizar la bala y se vieron finalmente obligados á contentarse con intentar desinfectar la herida y dejarla cicatrizar.

La larga y penosa travesía desde Ixcapa á Oaxaca á través de caminos montañosos y veredas para mulas, duró 48 días y dejó al paciente extremadamente débil por el sufrimiento y la inflamación causada por la desvendada herida. Si no hubiese sido por la maravillosamente fuerte constitución del Capitán Díaz, éste, según todas las probabilidades, habría muerto antes de llegar á la Capital de su Estado natal.

El gobierno liberal de la ciudad de Oaxaca, que había sido duramente acosado por las fuerzas conservadoras al mando de los jefes José y Marcelino Cobos, decidió abandonar la ciudad y retirarse á las montañas. Pero esta decisión de las autoridades de la ciudad y del jefe de las fuerzas liberales, no satisfizo á los oficiales más jóvenes, quienes determinaron en una junta, que no había necesidad alguna de abandonar la ciudad; y de consiguiente, resolvieron obrar contra la autoridad de los jefes al mando del ejército de defensa, en interés de sus propias reputaciones y de la protección de los habitantes de Oaxaca.

Esta resolución tomada por los oficiales jóvenes, fué trasmitida al Gobernador del Estado, Díaz Ordez, y al Coronel Mejía, que estaban al mando de las fuerzas liberales sitiadas en el convento de Santo

Domingo. Como el movimiento de oposición era muy pronunciado entre los oficiales, no creyeron prudente, el comandante y sus consejeros, castigar á los ofensores, de acuerdo con la ley militar en uso; y aparentemente cedieron gustosos á los deseos manifestados, de hacer un esfuerzo más para expulsar al ejército conservador, antes que abandonar la ciudad. Pero al mismo tiempo resolvieron dar una lección á aquellos que se habían opuesto á sus planes de retirada, poniéndolos á la cabeza de la fuerza destinada á expugnar las posiciones de los conservadores.

Y así, muy temprano en la mañana del 16 de Enero de 1858, tres columnas del ejército liberal, compuesta cada una de doscientos hombres aproximadamente, fueron dirigidas hacia la Plaza de Armas á atacar las fuerzas de los hermanos Cobos, que estaban allí estacionadas. Era este sitio la plaza central de la ciudad y la llave de la situación militar, y por consiguiente, el tomarla, significaba la derrota del ejército conservador, que en esos momentos tenía sitiadas á las fuerzas liberales en la iglesia de Santo Domingo. Pero como ya hemos visto, el comandante de las fuerzas liberales no tenía gran fe en dicho ataque, al que fué forzado por la actitud de sus oficiales; y así, determinó enseñar á estos últimos lo peligroso que era interponerse en los planes de sus superiores.

La primera de las tres columnas iba mandada por el Teniente Coronel José María Batalla, siendo su segundo el Capitán Vicente Altamirano; la segunda por el Teniente Coronel Manuel Velasco, con el Capitán Porfirio Díaz como segundo, y la tercera por el Teniente Coronel José María Ballesteros, asistido por el Capitán Luis Mier y Terán. Cada columna tomó distinto camino para acercarse á la plaza; pues se esperaba que, atacando al enemigo por tres puntos distintos, se lograría desmoralizarlo más fácilmente, tanto más, cuanto que no esperaba ser atacado, dada la angustiosa situación en que sabía se encontraba la guarnición liberal; que esperaba se rindiera de un momento á otro.

Además de las tres columnas mencionadas, se arregló una fuerza de reserva, formada por cuatrocientos hombres al mando del Coronel Mejía; fuerza que debía seguir de cerca á la segunda columna, y dar auxilio en el momento oportuno.

El plan fué llevado á cabo tal como se había dispuesto. Las cuatro fuerzas llegaron á la plaza por sus diferentes caminos, después de terrible lucha y de perder un número considerable de soldados y oficiales. Entre los muertos se encontraba el galante jefe de la primer columna, Teniente Coronel José María Batalla, y entre los heridos de gravedad el Capitán Vicente Altamirano, también de la primer columna, y el Teniente Coronel Velasco, comandante de la segunda. El accidente á este último, dejó al Capitán Díaz al mando de la segunda columna en los momentos más álgidos de la lucha bajo los portales. A pesar de la desmoralización que de pronto se produjo en esta columna, á causa del accidente á su jefe, y del terrible fuego que en esos momentos le hacía el enemigo, el joven comandante logró reorganizar su gente sin demora, y la incorporó á la primer columna, que carecía enteramente de oficiales superiores, y reunidos, continuaron su marcha sobre el palacio, casi al mismo tiempo que lo hacía la tercer columna al mando del Teniente Coronel Ballesteros y de Terán. Las fuerzas al mando del Capitán Díaz atacaron el palacio por el frente, mientras que las de Ballesteros se empeñaron en forzar la entrada del oeste. Las fuerzas conservadoras estaban del todo desprevenidas para resistir un ataque tan vigoroso é imprevisto de parte de su enemigo, á quien consideraban como ya vencido y próximo á rendirse: y así, fueron rechazados paso á paso, hacia el interior del edificio, por las fuerzas liberales que habían logrado ya forzar las dos entradas. Hicieron una resistencia desesperada, perdiendo en la lucha numerosos soldados y oficiales; pero todo fué inútil, pues al fin se vieron obligados á abandonar esta su ciudadela. Muchos oficiales y soldados se rindieron; pero la ma-



PATIO DE UNA CASA COLONIAL, MÉXICO.

yor parte siguieron al Teniente Coronel Manuel González, que logró retirarse por el lado este de la arca del palacio con el noveno batallón, en el desorden que era de esperarse de tan apresurado é impremeditado movimiento de sus tropas en derrota. Este fué el mismo galante militar que después luchó tan esforzadamente por la causa liberal, y que proporcionó al general Díaz ayuda tan eficaz en sus últimas campañas del sur de México, durante las guerras del imperio.

Entre tanto, la columna de reserva, al mando del Coronel Mejía, completaba la captura del palacio y ayudaba á la completa derrota del enemigo, al que persiguieron hasta á siete leguas de la ciudad de Tehuantepec, derrotando por segunda vez á los hermanos Cobos en Jalapa, con una fuerza que no pasaba de la mitad de la que éstos tenían. El Capitán Díaz, aunque sufriendo de la reapertura de una vieja herida, acompañó á Mejía en esta famosa acción de armas, y colaboró materialmente á obtener la victoria, con la brillante dirección de los soldados bajo su mando.